

DE CORAZÓN Á CORAZÓN

En la plaza de Reverte.—El primer par.—De una encerrona sale una cuadrilla.—El debut.—«Viva Valencia del Sid»...—El «Gallo», Reverte y «Bombita», peones de los niños sevillanos.—La cigarra y la hormiga.—«¡Compadre mío!»—Muerte del «Gallo».—El corazón de «Guerrita».—¡Avarientol

Pocos días después de estos exámenes, fué Rafael, con su padre y el empresario de la plaza de Valencia, á Alcalá del Río. El último había avisado á Reverte que quería contratarle para torear con Emilio Bomba una corrida de Saltillo, y Antonio había contestado invitándoles á comer en su casa y á verle despachar después un toro de Benjumea en su placita.

A mitad del almuerzo, Rafael, animado por los elogios de los comensales y de su padre, le dijo á éste:

—¿Me dejas banderillar al toro?

—Si te atreves, anda—le contestó Fernando.

—Me atrevo á tóo.

Cuando salió el toro, que se traía su respeto, Reverte «le saludó», según la consagrada frase revis-teril, con dos ó tres de aquellos recortes capote al brazo que él se trajo, y luego lo lanceó de capa, quieto y valiente.

A la hora de parear, salió por delante el hijo del Gallo, y, llegando bien á la cara, puso al cuarteo un buen par, que el pueblo soberano y los inteligentes aplaudieron entusiasmados. Completaron el tercio el *Niño de la Huerta* y Ochoa, y después Reverte muleteó en su estilo, cerca y bien, y mató de un pinchazo y una estocada de las suyas, hasta la mano.

De aquella encerrona salió concertada la formación de una cuadrilla de niños sevillanos, pilotada por *Gallito* y *Revertito*, y pocos días después hacían su primera presentación en público los chiquillos, en la plaza de Valencia.

Tiene *Gallito*, en la afición valenciana, un número enorme de partidarios, lo mismo que los tuvo su padre, y como presintiéndolo, dió Rafael los primeros pasos en su oficio en aquel ruedo, al que tiene extraordinario cariño. Dejó á los investigadores taurinos del género minucioso el cuidado de averiguar la casta y pinta de los becerros, y la fecha de la primera salida de nuestro héroe. Yo sólo diré que el *Gallo* padre, Reverte y Emilio *Bomba* se anunciaron y salieron como auxiliares, á los efectos de autorizar á los chicos y aumentar los ingresos; pero se pasaron la tarde sentaditos en el estribo charlando de sus cosas. De peones actuaron *Blanquito* y el *Barquero*.

Los chiquillos estuvieron bien y los aplaudieron mucho. Los becerros eran pequeños.

Desde entonces siguió Rafael toreando con *Revertito*.

Al mes de Agosto siguiente, toreando en Valladolid, recibió Rafael un telegrama del picador *Pimienta* participándole la dolorosa noticia de la muerte de su padre.

Fernando Gómez, como el poeta campesino que pone en las noches veraniegas las estrofas de su



Señor Fernando (el "Gallo") en el quiebro de rodillas

(Fot. Crespo y Alba, Habana.)

despreocupada canción de alegría, no supo hacer provisiones para el invierno y vió llegar sus últimos momentos arruinado, sin dinero y sin más bienes para sostén de su dilatada familia que aquella huerta de Gelves, que ya no era suya, sino de Dios sabe cuales acreedores.

Y hubo entonces una hormiga que se acordó de la pobre cigarra.

En las horas solemnes en que los ojos ven con toda claridad cosas y personas, en esas crueles noches de insomnio en que el dolor y el pensamiento hacen juntamente su obra de destrucción, desfilaron por la memoria de Fernando mil caras conocidas y familiares de admiradores, compañeros de las juergas alegres y socorridos de sus manos generosas, sin encontrar entre ellas las del amigo que buscaba. Mas cuando el desaliento, la desesperación más bien, comenzaba á apoderarse de aquel corazón, al que mataban sus dolores y los que vela en cercanía para los suyos, surgió ante los ojos de Fernando la figura del torero más grande de estos tiempos, y yo creo, y perdónenme los que así no piensen, que de todos los tiempos, el que fué en una pieza Montes, *Lagartijo* y *Guerra: Guerrita*. El enorme.

El *Gallo* y *Guerrita* estaban reñidos hacía algunos años, como todos saben. Sin embargo, el corazón de Fernando le decía que su desgracia movería un latido generoso en el del otro torero, á quien muchos suponen sin él, porque no ha querido nunca hacer el tonto, y buscó recomendaciones para que Rafael Guerra tomase parte en una corrida á beneficio suyo.

Guerrita contestó noblemente cuando le hablaron de esto:

—Dígale usted al señor Fernando que yo no ne-

cesito influencias para trabajar en su beneficio, porque ese es mi deber.

Bartolo no quiso ceder la plaza de Madrid, y entonces Guerra le dijo al *Gallo*:

—No importa; no se apure usted y déjeme a mí, que le voy a hacer a usted una renta para que viva bien el resto de sus días y tenga hasta coche.

Y comenzó a organizarle corridas de beneficio. Dió una en Barcelona y anunció otras en Sevilla, Nimes, etc.; pero antes de que se verificasen, llamó la muerte a la puerta de Fernando.

El *Gallo*, viendo llegado su fin, angustiado por la situación en que dejaba a los suyos, dictó dos horas antes de morir un telegrama a *Guerrita*, llamamiento anhelante de un corazón desesperado a un alma noble y generosa en la cual pone toda su confianza.

La familia ha conservado copia de este despacho, que firmó Fernando con mucho trabajo. Era así literalmente:

«Córdoba.

Guerrita. Matador de toros.

Compadre, en la hora de mi muerte me acuerdo de usted. No deje sin pan a mis hijos.

Su compadre, *Fernando Gómez.*»

—Ahora ya muero tranquilo—dijo Fernando luego que salió Retamar a poner el parte—. Mi compadre es bueno y no os dejará morir de hambre, mientras Rafael se coloca... Después, con las manos de mi hijo, «tenéis ustedes» bastante pa ser ricos.

Guerrita, en cuanto pudo, se puso en camino para Gelves. Llegó tarde para decir al amigo cuanto po-

día esperar de su amistad, pero a tiempo para dar a la viuda muestra de los hidalgos sentimientos que el *Gallo* sabía en él. Después, en cuantas circunstancias se han ofrecido, *Guerrita* ha demostrado su cariño a la familia del que fué su preceptor.

Cuando el hijo del *Gallo* fué a Córdoba en la ocasión difícil en que los ánimos se hallaban excitados contra los sevillanos, *Guerrita* le tomó bajo su protección é hizo alarde de ello para contener las iras de los irritados cordobeses. Al caer *Gallito* herido en Córdoba el año 1900, *Guerrita* acudió presuroso a presenciar la cura, le asistió solícito y no se separó del hijo del señor Fernando hasta dejarlo bien acondicionado en un departamento de primera clase que le hizo reservar en el tren que había de llevarlo a Sevilla, con recomendación especial al personal del convoy para que atendiese con toda solícitud al herido.

—Como si fuese yo, ¿sabes?

¡Hay que ver lo que significa y puede este *tabou* en Córdoba!

*
**

De *Guerrita* ha contado muchas cosas la fantasía y el despecho del *primismo* burlado; pero la verdad es, pese a todas esas invenciones y culumnias, que *Guerrita* dista mucho de ser el hombre avariento y seco de corazón que inventaron, sin duda alguna, los que no encontraron en Rafael la materia explotable que buscaban. El no quiso nunca gastar estúpidamente con parásitos y chupópteros el dinero que ganaba poniendo en riesgo su persona, é hizo perfectamente, porque así disfruta ahora de sus bien conquistados millones. Por este acierto no se puede tildar de miserable a un hombre. Lo dice otro que

no ha sabido nunca ahorrar tres duros. Lo que hay es que *Guerrita* jamás quiso torear fuera de la plaza. Era mucho torero y no necesitaba recurrir á esos procedimientos. El toro, el toro; á él le bastaba con el toro para triunfar.

¡Miserable! ¡Y se presta por propia y noble iniciativa á poner en peligro su cuerpo y su vida diez, quince, veinte tardes, las que hubiese sido necesario para salvar de la ruina á su maestro!

No sé por dónde andará aquel D. Francisco Navarro, empresario que fué de la plaza de Zaragoza, que puede testificar autorizadamente de la avaricia de *Guerrita*. El contará á los que quieren preguntarle cómo Rafael, al verle cargado de hijos y trabajando denodadamente para sacarlos adelante, le había brindado generoso auxilio y le contestaba siempre que le pedía condiciones para torear una corrida:

—A un hombre con tanta familia, le toreo yo en las condiciones que él quiera y cuando quiera.

Y nunca le puso precio, y siempre que le hizo falta salió fiador suyo con los ganaderos, que no le querían dar toros sin cobrarlos anticipadamente, como es uso.

—Ya sabe usted—le decía Rafael—; cuando esté usted apurado, organice una corrida y cuente conmigo para torearla.

¡Seco de corazón! Que se lo pregunten á aquel ilustre periodista, ingenioso revistero de toros, lagartijista acérrimo y enemigo de *Guerrita*, que, después de retirado éste y retirado también de revistero el escritor, fué en cierta ocasión á Córdoba á reponer su salud quebrantada, y él referirá cómo Rafael, viendo que no le ofrecían su casa de campo los que debieran hacerlo, se acercó á él y le dijo:

—Ahí tiene usted las Cuevas á su disposición,

una escopeta y criados. Váyase allá y no vuelva hasta que esté bueno.

No hace muchos años padecieron una tremenda crisis los jornaleros cordobeses, vencidos por la falta de trabajo y el hambre, su cónyuge.

Para buscar remedios al mal, reuniéronse solemnemente las autoridades, los propietarios y las personas más significadas de Córdoba. Ya iban pronunciados cinco ó seis sonoros y líricos discursos, cuando se levantó *Guerrita* y, con su brusca y peculiar manera de expresarse, dijo sencillamente:

—Yo creo que estáis hablando demasiado. Aquí no hay más que unos hombres que se mueren de hambre y otros queremos evitarlo. «Pos es mu sensillo». Nos repartimos á los pobres entre todos los que podemos sostenerlos, hasta que haya trabajo que darles. Unos, cincuenta; otros, ochenta; otros, ciento. «A mí me ponéis siento ú dosientos ú los que me toquen, y yo les doy de comer desde mañana hasta que Dios quiera.»

¡Avariento!

RAFAEL, RAFAEL Y RAFAEL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBRI
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 2626 MONTERREY, MEXICO

IV

«Gallito», padre de familia.—Una idea de «Conejito».—«A Rafael el «Machaco». Córdoba.»—El estreno de «Machaquito».—De matadora á bailarina.—«Compañero».—¡Córdoba, veinte minutos!—El valiente Manué er Sagañón, llora y rie.—El chico de Juan.—González, Gómez y Rodríguez.—Pareja... de tres.—Un vivo.—Salida en Madrid.—«Badila» y «Gallito».—«Lagartijo» el grande juzga al hijo del «Gallo».—De Madrid á Sevilla.

Murió Fernando Gómez el *Gallo* y quedó Rafael de padre de familia, con los quince años que tenía de edad y su buena profesión de aprendiz de torero para hacer frente á las necesidades de tantas bocas como desde entonces corrian de su cuenta.

Hasta Mayo del año siguiente en que cada cual tiró por su lado, continuaron toreando juntos *Gallito* y *Revertito*.

Deshecha la compañía, se vino Rafael á Madrid. En la fonda encontróse con *Conejito*.

—¿A dónde vas, muchacho?—le preguntó Antonio de Dios.

—Voy á Sevilla; á mi casa y á ver si encuentro un chico de mi igual para hacer cuadrilla.

—Pues, ¿y el *Revertito*?

—Nos hemos despartao.

—Pues mira, en Córdoba hay un chiquillo de tu tipo que mata más que una espá y haría muy buena pareja contigo.

¿Cómo le dicen?

Machaquito.

—¿Y qué es eso?

—Yo no lo sé; pero así le dicen. Yo creo que te conviene.

—Pues entonces—decidió Rafael, que ya se había acostumbrado á caminar solo por el mundo—, que Retamar le ponga un parte y cuando yo vuelva de Sevilla para Valladolid se viene conmigo.

Diez minutos después salió Retamar para el telégrafo y puso un telegrama á «Rafael *Machaquito*, en Córdoba». Yo no he podido encontrar este precioso documento histórico en ningún archivo, ni creo que haya pasado á estas horas al de Simancas; pero pueden ustedes enterarse.

Machaquito no era gente todavía. Hacía un año escaso que había ido á torear á Lora con un novillero cordobés apodado el *Malagueño*, y, como fuesen chiquitos los novillos que echaron, á petición del senado se encargó *Machaquito* de matarlos. Fué su debut de matador y la primera vez que cobró dinero por su trabajo: un duro.

Después lo había llevado en su cuadrilla la matadora Laura López, que toreaba algunas corridillas por los pueblos de la provincia de Córdoba, y en varias alternó *Machaco* de matador con su *jefa*.

Ahora, Laura López es bailarina, y cuando tropieza con su antiguo peón en alguno de los salones o cines donde trabaja, le saluda protectoramente:

—¡Hola, compañero!

Pues el compañero de doña Laura recibió el telegrama de *Gallito* con la alegría del pretendiente que

recibe la soñada credencial. Cogió el parte, se compuso un poco con el traje mejor y único que tenía, y salió orgulloso «calle alante» á buscar á otros respetables personajes de su edad, que como él, vivían de esperanzas, dándose aire de toreros y tratándose seriamente de tales cuando no había personas de suposición delante. No hace falta referir ahora el tono que se dió entonces *Machaco* y las veces que sacó del bolsillo el papelito azul, que le hacía feliz, para exhibirlo ante los ojos asombrados y envidiosos de sus compañeros de ilusiones. Creo que fué aquella ocasión la única en que Rafael González habló cincuenta palabras seguidas. Allí se le ofrecieron al torero afortunado picadores y banderilleros á montones; pero él tuvo que negarse á todos.

—¿No ves tú que aquí no me habla nada de cuadrilla? Pues si yo, «es un poner», me presento con vosotros en la estación, me deja en tierra el *Gallo*.

Pocos días después, al llegar á Córdoba el mixto de Sevilla, descendió de un coche de tercera un chiquillo vestido de corto al cual se acercó otro con igual indumentaria y unos líos en la mano, escoltado por un torerito larguirucho y moreno y otro muchacho como de trece años, de guayabera y gorrilla, que le llevaba una maletita.

—Buenas tardes—dijo *Machaco* al del tren—. ¿Está usted bueno? ¿La familia buena? ¿Usted es el *Gallo*, verdad? Pues yo soy *Machaquito*.

Los dos futuros astros se estrecharon como dos hombres las manos, y *Gallito* hizo en seguida al cordobés los honores del vagón.

—Aquí tienusté sitio. Dejústé aquí ese lío. Venga la maleta. Ahí van los estoques.

—¿Y yo, no podría ir con ostés?—le dijo al *Gallo* el muchachillo de la guayabera, que llevaba la maleta á *Machaquito*—. Le arvierto á osté que yo

banderillo mu bien y soy mu valiente, ¿verdá Rafaé?

—¿Y tú quién eres?—preguntó el Gallo.

—Manué er *Sagañón*.

—Pues no pué ser, porque ya vamos tós los necesarios.

—¡Mardita sea! Mirusté que yo sirvo, que soy mu valiente...

—No pué ser.

—¡Mardita sea!—*Sagañón* rompió á llorar, viendo perdidas sus ilusiones—. Que lo diga éste... Yo... yo... banderillo mu bien... Que... que... que lo diga éste... Y soy mu... mu... mu valiente... Y ahora no... no... no sé cuando vi á torea...

El *Gallo* se compadeció del comino aquél.

—Bueno, hombre. No nos des la murga. Pondremos un banderillero más. Anda á sacar el billete.

—¿Er billete?—contestó *Sagañón*, radiante de alegría, sorbiéndose de un golpe las lágrimas—. No hace falta. Me meto ahí bajo er asiento y no me ve er revizaó.

—No, no. Esta es una cuadrilla formal y no podemos hacer eso.

—¡Mardita sea! ¡Si no tengo na má é seis perra gorda!...

—Por eso no te apures—dándole plata—. Toma y tráete el cartón.

—¡Olé! ¡Viva er *Gallo* y er pipirigallo, y su pare y su mare, y San Rafaé y er Guardarquíví, y toa su familia!

—Pues yo también quiero ir con vosotros—terció aquí el otro muchachote, alto, delgado y moreno—. Podemos ser tres espás.

—¿No ves que no? ¿Dónde has visto tú una cuadrilla con tres mataores? ¿A ti, cómo te dicen?

—Yo soy *Lagartijo*, el hijo de Juan Molina.

IN ILLO TEMPORE



RAFAEL,
RAFAEL y
RAFAEL

—Pues yo lo siento mucho, pero no pué ser, porque ya están puestos los carteles y tóo, y el negocio no da tampoco pa más.

Como se ve, *Gallito* sabía desempeñar su papel de director de compañía. *Lagartijo* se convenció á duras penas, y á regañadientes se quedó en el andén.

Echó el tren á andar y se llevó consigo los ojos de los torerillos que, dentro y fuera de la estación, le veían ir. Cuando Córdoba desapareció de la vista, los coletudillos se sentaron. *Machaquito* en un rincón, «callao, callao»; *Gallito* enfrente y *Sagañón* mas allá. *Sagañón* charlaba por los codos. *Machaco* sólo abrió la boca para decirle á su paisano:

—No te olvides que hay que poner parte á mi madre los días de corrida.

—¿Qué es eso de *Sagañón*?—preguntó *Gallito*.

—Es como me llaman.

—No me gusta pa el cartel. ¿Cómo es tu nombre?

—*Sagañón*.

—Yo digo el otro.

—Manué Rodríguez.

—Rodríguez es poco pa un torero—dijo Gómez—. ¿Cómo te pondríamos?

—Le pondríamos—contestó González—, le pondríamos... es un poner... *Manolete*, como su padre.

—¡Olé, ya está! *Manolete*.

A los tres días debutaron los chiquillos en Valladolid con mucho éxito. Mas, apenas comenzada la corrida, apareció entré barreras otro torerito que en seguida comenzó á llamar la atención del público, y cuyo nombre iba corriendo por toda la plaza y emocionándola.

—¡Es el hijo de Juan! ¡El chico de Juan!...

Y como *Lagartijo II* tuvo sin torear tanto éxito cómo los otros haciendo proezas, y los lagartijistas

mostraron desde el primer momento un entusiasmo loco por esta rama nueva del árbol viejo, la empresa se apresuró á contratarle para la corrida siguiente, y desde entonces continuaron los tres Rafaelés toreando juntos todo el año, hasta que en Vigo se separaron del Gallo los cordobeses para formar su famosa cuadrilla.

Así fué como se conocieron el gran estoqueador *Machaco* y el enorme torero *Gallito*.



Aquel año fué defendiéndose *Gallito* con las corridas que toreó la cuadrilla de los tres Rafaelés, aunque el dinero que ganaban ni pagado en calderilla ocasionaba el menor exceso en el equipaje de los tres chiquillos; mas la temporada siguiente comenzó dura para nuestro hombrecito.

El invierno había sido tan malo que hasta la ropa de torear voló. Los vestidos de luces de Rafael han tenido siempre muchas alas. Pero *Gallito*, que es una curiosa mezcla de encogimiento y decisión, se estiró ahora, se vino á Madrid y se metió en casa del picador *Cantares* dispuesto á torear «por el favor» hasta al toro de San Marcos, si no se presentaba otro más manejable. Formó cuadrilla con *Algabeñito* y esperó.

Y saltó y vino el empresario de la plaza de Carabanchel, un famoso señor que hacía dos clases de contratos: Uno, con los torerillos de disposición:

—Tú no tienes que pensar ahora en ganancias, sino en que te conozca el público, que es lo que necesitas. Yo deseo favorecerte. Ahí tienes mi plaza; si quieres te saco el domingo *sin condiciones*—de balde, en castellano neto—. No haría más un padre por su hijo.

El otro contrato, para los que le buscaban á él, era ya un poco más complicado:

—Tengo muchos toreros contratados del gusto del público. Tú no me vas á hacer cartel; antes me quitarás la gente que me traería el Fulano ó el Zutano. Y no es por la ganancia, que yo sé sacrificar un duro cuando se trata de un amigo ó de una persona que me ha sido simpática como tú; pero me disgusta mucho ver la plaza vacía. Mas como quiero favorecerte, si tú «te llevas» tantos cientos de pesetas en localidades, te saco el domingo. Ahí tienes tú; yo soy así. No haría más un padre por su hijo.

Advirtamos que no ha sido este paternal ciudadano el inventor del sistema ni el único que lo ha practicado.

A *Gallito* le hizo este hombre proposiciones de la primera categoría, que el chico aceptó, y como no tenía traje, salió á torear en Carabanchel con uno verde y oro que le prestó *Minuto*.

Tres novilladas torearon los niños sevillanos en Carabanchel Bajo, y aunque esta plaza está á tanta distancia de Madrid como la del más apartado pueblecillo, por más que no lo crean los novilleros impacientes, las hazañas de los chicos llegaron, relativamente pronto, á la calle de Alcalá, y les salió un ajuste para la plaza de la carretera de Aragón.

No vayan ustedes á creer que un ajuste cualquiera. Contratados por los gastos, ¿eh?

El traje que sacó *Gallito* para torear los Veraguas que le echaron en aquella corrida, pertenecía al guardarropa de *Blanquito*, y era grana con modestos adornos de plata pasada por agua. De vez en cuando conviene detallar.

Pero á bien que hay en Madrid un sastre con mu-

cha pupila para adivinar toreros, como uno de los mejores aficionados de España que es, y este zahorí, que se llama Manuel Retana, así que vió torear al *Gallo*, le llamó y le dijo:

—Tú no tienes ropa, ¿verdad? Pues vete mañana á casa á que te tome medida de un vestido y un capote de paseo, y ya me los pagarás en cuanto puedas, que va á ser muy prontito.

Lo mismo que hizo con Antonio Montes en cuanto se enteró de quién era.

Gallito, pues, salió á torear la corrida siguiente con un traje propio, morado y oro.

Es esta una corrida memorable para Rafael. Los toros eran de Concha y Sierra, y el niño sevillano, de Madrid, tuvo que matar cinco por haber cogido uno al *Algabeñito*. También le cogió á él otro, lastimándole la nariz y dejándole, un momento, conmocionado.

Entonces se vio saltar al ruedo á aquel picador valiente y bonito que se llamaba *Badila*, coger al chico en brazos y llevárselo camino de la enfermería.

Pero no está aquí ni en las grandes faenas que aquel día ejecutó Rafael lo memorable de esta tarde, sino en unas palabras de *Lagartijo* el grande, que fué espectador de esta corrida.

—¿Qué te parece el chico del *Gallo*?—le preguntó el inteligente aficionado D. Antonio Abad, que estaba con el califa en un palco.

—Que de tarde en tarde sale un fenómeno en el toreo, y este chiquillo es uno.

Aquella misma noche, cuando llegó á Sevilla la noticia de esta corrida, salió para Madrid un telegrama dirigido á Rafael, proponiéndole una función para el domingo siguiente y preguntándole, como á los toreros á quienes hay que guardar consideracio-

nes: «¿Qué ganado quieres, Concha Sierra ó Villamarta?»

Rafael eligió los toros de la viuda. Y esta tarde cobró *Gallito* el primer dinero de consideración: 5.000 reales, para repartirlos con su compañero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1928 MONTERREY, MEXICO